

MUERTE EN BAŠAID

Selección de cuentos de Miroslav Ćurčić

Traductor: Miguel Roán

La mujer que siempre encuentra fácilmente el camino

Me encanta cuando doy un golpe limpio y fuerte al cuerpo del oponente. Di un pequeño paso con el pie izquierdo, bajé un poco las rodillas y dirigí el proyectil desde la cadera con todas mis fuerzas. Mi mano se hundió hasta el fondo en la barriga debajo de sus costillas; zona cálida y suave. Abrió mucho los ojos, tratando de tomar el aire. Le sorprendió la velocidad del golpe. Si hubiera nacido como una india, me llamarían *La Mujer Que Siempre Encuentra Fácilmente el Camino*. Le doy la oportunidad de recomponerse. Ahora, por primera vez, lo miro a los ojos. Reconozco la semilla de la inseguridad de la que crece imparable el miedo. No tiene miedo de la paliza que le sigue, sino del presentimiento de que será apaleado por una chica corriente. La incredulidad y el sexism le atraparán la mente.

Como hija de un campeón invicto de boxeo callejero, tengo un don innato para la lucha. Hice mi debut en el ring hace tres años. Mi primer oponente fue la intocable y legendaria bastarda Bloody Mary. También la llamaban Rompe Cráneos. Una mujer enfadada y frustrada, de cabello rojizo, que vencía a una tras otra. La inquietud y la responsabilidad de no avergonzar a mi padre me paralizaban; Mary sabía sacarle partido. Recuerdo que me sacudió bien en la nariz, me la partió y me dejó una marca para siempre en el rostro. Con ese golpe, fue como si rompiera la jaula invisible y liberara la fuerza que pronto la enterraría. La tumbé después de dos minutos. Mi padre observaba desde la distancia. Más tarde afirmó que había sido más feliz entonces que cuando llegó al mundo. Durante dos años competí con mujeres. Cuando ya nadie quiso desafiar me, me permitieron enfrentarme a los hombres.

Mi habilidad, además de tener un golpe sólido, también consiste en descifrar al oponente. Los hombres son mucho más predecibles que las mujeres. Irrumpo en sus cerebros y siempre voy dos pasos por delante. Mi superioridad también se refleja en la velocidad que tengo. Los movimientos del oponente se me revelan a cámara lenta y la pelea realmente se reduce a un juego del gato y el ratón; un juego en el que mis oponentes finalmente se consuelan con que no son los primeros hombres en perder contra mí.

El luchador que estaba frente a mí esta noche había venido de lejos. Me subestimó tanto que ni siquiera calentó antes del partido. Pensó que lo conseguiría con dos o tres bofetadas. Lo único que tenía en mente era la cantidad que obtendría si me ganaba.

Tras el sobresalto inicial por el golpe recibido, retorno la confianza quebrada. Estaba decidido a darme una lección. Subconscientemente reserva su codo izquierdo abajo, protegiendo el punto dolorido que golpeé hace unos instantes. Balancea su mano derecha con fuerza, cuyo lento progreso sigo con una sonrisa apenas visible en la comisura de mis labios. Vuelvo a doblar las rodillas y la cabeza, evito el golpe y lo golpeo en línea recta y rápido, dos veces donde se juntan las costillas inferiores; ligeramente por debajo del diafragma.

"¡PAM, BAM!"

Grito y observo sus piernas arrodillarse. La mueca en su rostro me dice que estaba muy dolorido. Una audiencia desbocada requiere de una ejecución rápida. Me ciegan los faros del auto que iluminan el improvisado ring cercado por una gruesa cuerda.

Recuerdo mi infancia, mi padre les decía a todos que había nacido una campeona. Recuerdo ir a una pastelería, a por limonada y *baklava*. Luego me llevaba a cuestas por toda la ciudad. Me sujetaba por las piernas que colgaban sobre sus hombros. Yo me movía, esquivaba y golpeaba a un oponente imaginario. Él dictaba el ritmo:

"Derecha, derecha-izquierda. Vamos, agáchate. Gancho y al suelo".

Los gruñidos del oponente me devuelven a la realidad. Es hora de terminar el combate. Aprieto mis puños vendados y mido dónde le dolerá más. Salto a su alrededor. Ya no puede seguirme. Ambos sabemos cómo terminará esto. Un amago del cuerpo y el percutor le golpea en la sien.

"Good bye, Charlie", le susurro en lugar de darle un beso de buenas noches.

Aunque todo se ha oscurecido, todavía está en pie. Relajó sus brazos descubriendo la barbilla. En una fracción de segundo, decidí que no hay necesidad de un golpe adicional. Le doy la espalda y lo escucho caer al suelo. Recibo una ovación de pie para la triunfadora.

El asistente me tira desde el público una toalla para limpiarme la cara y frotarme el cuello. El corredor de apuestas de turno se me acerca. Cuenta el dinero que gané.

"¿Dónde está tu padre?", pregunta, entregándome el dinero.

"En el balneario, con los jubilados".

"Salúdalos y no olvides que la próxima semana tienes un partido en la vieja fábrica de ladrillos".

Abrí una lata de cerveza. Mientras estiro, observo cómo, al otro lado, vierten agua al desafortunado para espabilarle. Erujo levemente y me echo la bolsa sobre mi hombro. El público se aleja para que pase. Me pongo los auriculares y enciendo la música desde el teléfono. Pienso en mañana y en el jaleo que tengo en el trabajo. El inventario de mercancías, la nivelación de precios y un jefe que no para de incordiar, en la tienda donde trabajo, son mis propias pesadillas.

Luna

En mi mano hay una bolsa con dos cebolletas y un trozo balsámico de tocino. Llevo pan caliente y el periódico de esta mañana bajo el brazo. El viejo ascensor me lleva lentamente al piso deseado. No hago ningún ruido mientras camino por el largo pasillo. Vuelvo a casa del turno de noche y mantengo el respeto por los que aún duermen. El trabajo de los vigilantes nocturnos en los grandes centros comerciales no es nada fácil; paseos, soledad y miedo a los sonidos extraños. Cambié la noche por el día hace mucho tiempo. La palidez de mi rostro lo prueba.

El tocino está en una tabla de haya; cortado. Lo pongo en una bandeja de porcelana blanca. He partido el pan en dos. La habitación se ha inundado de olores. Las gotas de agua de la cebolla lavada se vierten sobre un mantel de colores que cubre la mesa. Saco una lata de cerveza de la nevera y la abro por el camino. Se escucha un sonido explosivo característico. La espuma sale bruscamente por la abertura triangular y se derrama sobre el parqué. Salto por encima del charco de cerveza. Lo limpiaré más tarde. Vuelco mi cuerpo cansado en una cómoda silla y levanto mis piernas en un taburete de cuero. Observo a Luna dormir. Llevo el primer bocado a mi boca.

Luna está acostada boca arriba. Dobló su pierna derecha. La sábana de seda estaba arrugada y tirada fuera de la cama. Entrecierra los ojos y se me ocurre que tal vez no duerma. No me sorprendería que fingiera. Las palmas con los dedos extendidos están entre sus piernas. El pezón izquierdo se encogió y adoptó la forma de una frambuesa. El seno derecho está cubierto. Sus labios se separaron. No puedo ver la vulva, pero sospecho que está entreabierta.

Siento hambre mientras la observo. Embadurné la cebolla en la sal y le di un mordisco. Un delgado chorro brotó de la blancura jugosa. Ella cubrió su fuente con sus manos. Tiene dedos largos. Me encantaría que me diera de comer con esos dedos. Me la imagino trayéndome bocados, mientras yo

muerdo y aprieto los dientes. Parece chillar, temiendo que la mordiera. Lo sé por las películas.

Arranco la mitad de la hogaza de pan y miro el currusco. Aplasto la masa caliente. La envuelvo con un trozo de tocino rayado en rodajas finas. Me meto todo en la boca y lo riego con cerveza. La felicidad está conformada por cosas pequeñas; el bocado perfecto y el pezón más bonito del mundo.

Tomé el periódico de la mesa. Hay personas desconocidas para mí en la portada. La fecha de hoy está en la esquina superior derecha. Doblo las páginas y echo otro vistazo a la chica echada. Pongo los pies en el suelo y de mala gana voy al baño a buscar un paño para limpiar la cerveza derramada. Mientras froto el suelo, pienso en cómo pasa el tiempo. La velocidad de su discurrir me preocupa. Marzo pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Me paro justo al lado de la pared en la que cuelga un calendario colgante con imágenes. Estoy rompiendo el cartel de marzo y aparece ante mis ojos una belleza que me estará esperando todo abril. Su nombre es Mía; un nombre agradable. Tardaré al menos dos días en acostumbrarme. Es rubia. Sus pechos son el doble de grandes que los de Luna. Lava el auto deportivo rojo de alguien. Todo a su alrededor está lleno de espuma. La alegría y la emoción se pueden ver en su rostro. Sus tetas yacen sobre un parabrisas mojado. Se aplazaron, presionadas por su peso. Parecen tortitas. El fotógrafo aparentemente hizo clic desde el asiento del conductor. Me encantaría hacer su trabajo. Es un curro bien pagado, y que, seguramente, no canse.

Hipnosis

Hace un mes, en una oficina a las afueras de la ciudad, tuvo lugar la siguiente conversación:

"¿Sabes exactamente cuánto pares de zapatos tienes?"

"Setenta y seis, si no cuentas los que pensé comprar hoy después de la sesión".

"Esos no los cuentes; aún no han sido comprados".

"Lo sé, pero los compraré".

"Eso ya lo veremos".

"No hay nada que ver, doctor. Le dije a mi Miško: si me amas, aguantarás con estos otros. Los compro y termino con esta historia. Por eso vine a usted. Dicen que es el mejor. Lo siento, no le pregunté, pero ¿puedo llamarlo: Doctor?"

"Soy hipnoterapeuta, pero si le resulta más fácil, puede hacerlo".

"Es más fácil para mí, doctor, lo primero no sé ni decirlo".

"De acuerdo. Entonces contamos setenta y siete pares. No tendremos ninguna terapia hoy. El asistente le hará saber la fecha de nuestra próxima sesión. Durante ese tiempo, comprará un cuaderno pequeño - formato A5 sin líneas y escribirá el número setenta y siete en él. Quiero que lo llené de la portada a la contraportada. Me traerá el cuaderno para que lo inspeccione la próxima vez que nos veamos. Un placer conocerle. ¿Hay algo que no entienda?"

Misma habitación, mismos actores, siete días después:

"¿Cómo se siente hoy?"

"Es terrible. Estoy enojada conmigo misma".

"¿Por qué estás enojada consigo misma?"

"Vi un programa sobre los hambrientos en África".

"No tiene que ir a África. Aquí también hay pobres".

"Hay, pero no como esos. Allí no tienen nada que ponerse. Todos están desnudos y descalzos, y me he comprado dos pares desde nuestra última reunión".

"Interesante, así que ahora tenemos setenta y nueve pares, si no me equivoco".

"Ochenta. No ha contado los que dije que compraría después de la sesión".

"Espere un momento, estamos añadiendo tres pares recién comprados a los setenta y seis pares del otro día".

"Doctor, no me está escuchando. Le digo que no contó los que compré el mismo día después de la sesión".

"¿Puedo ver el cuaderno que tuvo que llenar para su tarea?"

"Verá, en las primeras páginas, escribí el número setenta y siete, como usted me dijo, y luego son setenta y ocho, aquí hay unas hojas, y luego hasta el final son los ochenta".

"¿Y dónde está su número setenta y nueve?"

"Pensé que tal vez esta terapia también funciona, y luego no habrá más compras. Así que compré dos pares a la vez ese día".

"De acuerdo. ¿Podemos finalmente comenzar la hipnosis ahora?"

"Doctor, solo tengo que preguntarle una cosa más. ¿Significa eso que cuando salga de su oficina, nunca querré comprar algo que realmente me gusta?".

"Su compra irracional se reducirá drásticamente. Sentirá repulsión y disgusto con la forma de vida que ha llevado hasta ahora".

"Sabe, siempre me ha gustado experimentar con cosas nuevas. Mi Miško estará encantado. La eterna historia sobre cómo se encuentra al borde de la quiebra y cómo ya no aguanta más mi locura; ¿Qué le vas a hacer, doctor? Un rácano, pero me vale la pena cuando lo amo. Hemos estado juntos durante siete años. Me enganché. Ya no puedo estar sin él. Aquí estoy ahora, rindiéndome en sus manos. ¿Le dije que hablan de usted que es el mejor?".

"Sí, muchas veces".

"Tengo un poco de miedo, doctor. ¿Está seguro de que me despertaré?"

"Relájese. Piense en algo hermoso. Por ejemplo, sobre sus zapatos. ¿Está lista? Vamos, tranquilamente repita conmigo: Ochenta, setenta y ocho, setenta y siete, setenta y seis..."

Después de tres semanas, un hombre desconocido llamó a la puerta de la oficina.

"Buenas tardes, por favor. ¿Cómo puedo ayudarle?"

"Buenas tardes, soy Miško. Mi esposa estuvo en terapia con usted el mes pasado".

"¿Miško? Sí, lo recuerdo. Ella me lo recordaba a menudo. Un caso interesante de compra obsesiva de zapatos. ¿Cómo está la señora, todo bien?"

"Ella está bien. Se encuentra bien".

"Me alegro. ¿Redució sus compras, lo logramos?"

"La terapia fue un 100% exitosa. No tenemos objeciones. Es otra mujer ahora. Cargada de energía. Centró toda su atención en la casa y en mí. Increíble lo mucho que ha cambiado. Es un no parar, lo arregla algo, limpia, casi no sale de casa. Cada segundo y tercer día, hace una nueva redecoración. Llega a la casa, y parece de otra persona. ¿Me entiende? Ella me obliga a que vayamos a correr y al gimnasio todos los días. Constantemente habla de cuánto nos hemos relajado y abandonado a una vida cómoda y conformista. Desprecia la mentalidad consumista. Ella dice que finalmente lo ha visto".

"Maravillosas noticias, obtuvimos lo que queríamos; ¿No es así?"

"Sí... Sabe, ella no sabe que vine a ti".

Don Miško miró directamente a los ojos del hipnoterapeuta. En el aire se percibía cierta inquietud por las palabras que aún no había pronunciado.

"¿Vino a agradecerme o tiene algún problema?"

No esperaba tanta rapidez de las manos que se habían posado sobre las solapas de su bata blanca de doctor. La presión era increíblemente fuerte. Don Miško lo sacudió como un árbol frutal joven. Y luego la frecuencia del meneo cayó bruscamente. El hipnotizador pudo ver los ojos llorosos de un hombre profundamente desesperado. Don Miško cayó de rodillas, abrazó las piernas del terapeuta, apoyó la cabeza en ellas y gimió, mientras sus babas llegaban hasta el suelo.

"Ayúdeme, doctor, por favor. No puedo aguantar más. Tiene que traérmela de vuelta. Puede hacerlo. Para que sea tal como era. ¡¿Me escucha?! No puedo más... Devuélvemela, por favor".

Gariša tipo 2

Compré un robot. No pude resistir el deseo. El día antes de Navidad es el momento en que una persona puede encontrar más fácilmente una excusa para sí mismo.

El ambiente de compras navideñas se sentía por todas partes y el demonio de recurrir rápido al plástico ganó, quién sabe cuántas veces. El cajero hábilmente deslizó la tarjeta. Me preguntó si necesitaba ayuda. La rechacé. La caja no era pesada, pero la llevé con las dos manos debido a sus dimensiones. La gente hizo una reverencia, dejándome pasar.

Esperé en la estación de autobuses durante media hora. Pasaron dos autobuses llenos a los que ni siquiera intenté subirme. Bajé con cuidado la caja a la acera y apoyé la mano sobre ella. Me llegaba al pecho. Había una imagen de un robot en cada lado. Debajo había frases escritas en chino, o tal vez incluso en japonés. La tienda vendía dos modelos: Gariša tipo 1 y Gariša tipo 2. Por sus nombres, pensé que se fabricaban en nuestro país, pero ya no estaba seguro. Miré mi reloj. Esperé con impaciencia a que llegáramos a casa.

Me acomodé con Gary en la parte trasera. El conductor conducía bruscamente, como si estuviera corriendo con alguien. Los pasajeros se balanceaban en cada curva por la que pasábamos. Sostenía la barra con una mano y la caja con la otra. Me cuidé de moverme lo menos posible. En un momento, los frenos chirriaron y todos nos encontramos en el suelo del autobús. Hubo gemidos, gruñidos y sustanciosos insultos a la madre de

alguien. Me levanté primero, enderecé la caja y le susurré a Gariša: "Lo siento". La mujer que estaba a mi lado me miró con incredulidad.

Cuando llegamos a casa, desempaqueé y solté a mi nuevo amigo con grilletes de espuma de poliestireno. Como sus ruedas ya estaban montadas, lo empujé por el apartamento y, de paso, teatralmente, le mostré su nuevo hogar. Sabía que lo que estaba haciendo era ridículo, pero no me importaba.

No tengo ningún deseo de ser dueño de nadie. Estoy solo y necesito compañía. Esa es la única razón por la que lo compré. Gariša estaba inspirado en *R2-D2*, el robot de la película *La guerra de las galaxias*; a primera vista es lo mismo que las grandes aspiradoras de oficina, un rodillo de hojalata vertical con cabeza hemisférica. En lugar de manos, tiene palancas a los lados. Es posible insertarle varios accesorios, que se pueden comprar más tarde. Tiene bastantes interruptores y luces LED. En su mayoría son de color rojo y verde. Tiene tres puertos USB, proyector LCD y dos altavoces laterales. Había comprado un modelo más caro. El *Gariša tipo 2* puede hablar tanto con voz masculina como con femenina, según el modo que elija. Contiene alrededor de cien frases que se utilizan en la comunicación cotidiana; eso me dijeron en la tienda. Dispone de una unidad exterior en forma de antena.

Esta se saca al alfeizar y tiene la función de recibir información de los satélites que orbitan sobre nuestras cabezas. Avisa de la previsión meteorológica, la amenaza de precipitaciones, el índice UV y la velocidad del viento si lo hubiera.

Encontré las instrucciones de uso en la parte inferior de la caja. El texto completo estaba escrito en una letra desconocida para mí. Lo hojeé página por página. Mi miedo estaba justificado.

"Gary, ¿qué hacemos ahora?"

Gary se mantenía en silencio. Después de una búsqueda detallada, reconocí y presioné el botón de encendido y apagado. Hubo un breve silbido. La luz roja más grande comenzó a parpadear. Salté de alegría y comencé a besarlo en un lugar que, según mis suposiciones, debía de ser su frente. Encontré todas las instrucciones necesarias para la puesta en marcha en Internet. Con la ayuda de una conexión inalámbrica, lo conecté a mi ordenador para que el *Gariša tipo 2* obtuviera toda la información necesaria sobre mí. Lo

enchufé para cargar su batería. Todo lo que tengo que hacer es esperar. Apagué todas las luces y me tumbé en el sofá.

Menos de dos horas nos separaban del comienzo de la Navidad. Miré hipnotizado su ojo rojo, tratando de hacer un contacto emocional más profundo. Se me ocurrió que ahora él sabe más sobre mí que yo sobre él. ¿Me desprecia por las películas que me apasiona ver? ¿Le gusta mi música favorita? Un auto pasó por la calle y por un momento iluminó con los faros la habitación en la que estaba acostado. Estaba cansado. Los intervalos de tiempo entre los destellos se hicieron cada vez más largos. Y entonces, de repente, hubo un estallido.

Salté de la cama. Los fogosos ramos de flores en el cielo anunciaron la celebración. Todas las luces existentes en la cabeza de Gary se encendieron. Su cabeza giraba alrededor de un eje. Un rayo de luz de su proyector mostró en la pared imágenes en movimiento de una chica ligera de ropa que se contorsionaba alrededor de una barra, cantando *Jingle Bell Rock*. Solo reconocí la canción por la melodía y las palabras del estribillo. La mujer tenía los ojos rasgados y una decidida intención de llegar hasta el final. Cuando se quitó el último trozo de tela, me lanzó un beso y susurró:

"Vuua ay niii, vuua sian ni".

Observé la proyección en la pared. "Menudo bombón", me dije. "Esta no debe ser de las nuestras." La chica me dio un beso bidimensional de nuevo.

"Vuua ay niii, vuua sian ni", se escuchaba por los altavoces.

Me volví hacia Gary. Y entornó su ojo rojo hacia mí. Nos miramos durante un rato. Quería preguntarle de todo, pero renuncié. Un día loco y agotador. La dama desconocida comenzó a envolverse alrededor de la barra de nuevo. Me agaché para buscar el interruptor de encendido y apagado, con un suspiro.

"Lo siento, *baby*, tal vez en otro momento".

Cómo perdí mi pulgar en mi mano izquierda

Llegué del hospital hace media hora. Me siento en la oscuridad y fumo. Me serviría un *vinjak* si no tuviera miedo; me dieron un antibiótico fuerte y una inyección contra el tétanos. Sobre la mesa hay un pesado cenicero de cristal en el que agito un cigarrillo. La mitad de las cenizas caen a un lado. Los nervios son una pasada; la mano derecha no deja de temblar.

El teléfono suena sin parar. Deben haberlo oído, las malas noticias se extienden rápidamente. La luz viene de la calle, lo suficiente para ver mi mano izquierda envuelta en un vendaje. En un ángulo extraño en relación con los otros dedos, algo sobresale que debería ser un pulgar. De él sale un pincho que parece un palillo para una brocheta. Conecta la pieza cortada con el resto de la mano. Espero que sea de acero inoxidable. No debería oxidarse. Mientras miro el aparataje médico, me vienen a la mente las palabras de Žika Bečan:

"Oye, chico, que se joda el artista si su arte no lo marca de por vida".

Žika fue un famoso carnicero de Jakovo; el primer cuchillo de Srem. Cabeza grande, ojos pequeños, gordos y rápidos; una combinación letal. Le tomó diecisiete minutos convertir un cerdo de la granja en una delicatessen. Se trata de un récord en la disciplina individual que sigue vigente a día de hoy. Soy su mejor alumno. No duden en preguntar por Milan Gerianić, también conocido como Pangler. Todos me conocían de Kuzmin a Surčin. Había mucha matanza

en esa época. Terminamos un cerdo de doscientos kilos en menos de una hora. Dios perdona su alma, Žika era un artista en su trabajo. Su arte le costó tres dedos.

Le digo al médico del hospital que he sido carníero toda mi vida. Desde hace siete años trabajo en un hipermercado de un centro comercial, detrás de una fría vitrina. El médico me consuela, dice que les pasa hasta a los más grandes profesionales. Mientras hablamos, me clava una aguja en el puño.

"Esto le va a doler un poco", suelta.

Fruncí el ceño por el dolor y giré la cabeza hacia un lado. Me duele como si me mordiera el diablo. Miro el pulgar amputado. Lo traje envuelto en un pañuelo ensangrentado. Está ennegrecido y se ve un poco extraño. Solo lo reconozco por la uña. Me corto las uñas hasta el nervio, por higiene.

El doctor dice que hice una incisión limpia. Una herramienta profesional, pienso en el cuchillo alemán marca "Giesser". Él sonríe mientras tira cuidadosamente del hilo en la aguja curvada. Persiste en que le cuente cómo sucedió todo.

¿Y qué puedo contarle? Soy el único hombre detrás de un frío escaparate. Trabajo, querido doctor, con dos locas. Una se ocupa de los quesos, la otra de las delicias. Conspiraron contra mí, como si la misma madre las hubiera parido. Poco a poco, se toman sus cafés. Yo no aprendí eso. Corro, las cubro, corto quesos, salchichones, me parto la espalda. Y no me puedo quejar.

Conozco mi trabajo, pero no tengo un título. Žika Bečan no los imprimió. Hoy, estas personas pillaron algo de alcohol en el almacén. Solo había dos o tres clientes en la tienda. Las mujeres abrieron un Jägermeister y comenzaron a pimpiarlo. Y una bebida dulce puede engañarte. Rajaban por todo; la política, los espectáculos, el horóscopo, hasta que en un momento dado llegó el tema de siempre: el sexo. Inmediatamente vi hacia dónde se dirigía la cosa. Por nerviosismo, saqué unas costillas de cerdo del gancho y comencé a mover una sierra sobre ellas.

Comenzaron a hablar de hombres. Se reían como unas chifladas. Escuché a una de ellas decir que le excitaban los hombres con bigote. Está loca por ellos. A la otra de nuevo le ponen los tipos más gordos. Recuerdo bien, dijo que prefería la grasa en la cama. Ya me ve doctor, soy a la vez calvo y flaco, y sin embargo algo me tenía intranquilo, pero me hizo seguir escuchando. En un momento dado, la que le gustan los gordos preguntó:

"¿Alguna vez has?"

"¿Qué, alguna vez?"

"¿Así que lo intentaste, de todos modos?"

"¿Cómo?" ¿De todos modos? No estoy loca. Duele."

"¿Cómo sabes que duele si nunca lo has hecho?"

¿Qué es lo que duele?, me pregunté. Torcí mi cuello escuchando. Susurraban y enredaban sus lenguas, así que no las entendía mejor. Escuché que me mencionaban. Por el apellido también me llaman Geranio. Geranio esto, Geranio lo otro. Fue entonces cuando me entró el pánico. Me sudaban las manos. Soy tímido por naturaleza, doctor. No sabia qué hacer. Que no soy un hombre, pues habría que mostrárselo. De repente una de ellas preguntó:

"¿Y cómo crees que es él en esas cosas?"

"¿Quién? ¿Geranio? Sería como un culebrillas. Rápido y silencioso. Te garantizo, preciosa, que no sentirías nada".

La carcajada se desató. Una se atragantó. Su boca era minúscula para tanta risa. El cuchillo se elevó muy por encima de mi cabeza. Cerré los ojos y asesté con todas mis fuerzas. Por la fuerza del impulso, fue como si el viento me hubiera lamido la mejilla. Solo se oyó *chap*. Y no sentí ningún dolor, doctor. No, se lo prometo.

